

**LA BATALLA DEL PANTANO DE VARGAS.
25 DE JULIO DE 1819, PAIPA, BOYACÁ, NUEVA
GRANADA. LAS OTRAS HISTORIAS DEL PASADO**

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ CUENCA*
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

LUIS DANIEL BORRERO F.**
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

*jvrodriuezc@unal.edu.co

**luisda_borre@hotmail.com

Artículo de investigación recibido: 7 de agosto de 2013 · Aprobado: 10 de julio de 2014

RESUMEN

La arqueología de los campos de batalla abre una nueva perspectiva de análisis histórico, que facilita pruebas materiales contextuales para la interpretación de los hechos. La batalla del Pantano de Vargas constituyó el evento bélico más importante de la Guerra de Independencia, pues despejó el camino de los patriotas hacia Santafé, desanimó a los realistas y representó el combate más cruento, dado el número de bajas en ambos bandos, aunque sus partes de guerra son confusos e imprecisos. La reconstrucción del escenario de batalla, mediante la fotointerpretación y la prospección arqueológica, así como la ubicación, la excavación y el análisis bioantropológico de los restos de los caídos, en una fosa común, abierta después de la contienda en Barital, podrá dar nuevas evidencias sobre hechos y personajes de la época.

Palabras clave: arqueología de los campos de batalla, Guerra de Independencia, Pantano de Vargas, 25 de julio de 1819.

**PANTANO DE VARGAS BATTLE. JULY 25 1819, PAIPA, BOYACÁ,
NUEVA GRANADA. OTHER HISTORIES OF THE PAST**

ABSTRACT

Archaeology of battlefields opens a new perspective of historical analysis providing contextual material evidence for the interpretation of facts. The Battle of Pantano de Vargas constituted the most important war event during the War of Independence because it cleared up the journey of patriots troops towards Santafé, discouraged the royal troops and represented the most cruel battle, if we take into account the number of deaths in both sides (despite the account of casualties of each side remains confused and inaccurate). The reconstruction of the battle scenario through photo interpretation and archaeological surveys and the location, excavation, and bio-anthropological analysis of rests coming from a common grave opened after the Barital Battle, could provide new evidences of the facts and characters of that time.

Keywords: battlefield archaeology, War of Independence, Pantano de Vargas, July 25 1819.

**A BATALHA DO PÂNTANO DE VARGAS. 25 DE JULHO DE 1819, PAIPA,
BOYACÁ, NUEVA GRANADA. AS OUTRAS HISTÓRIAS DO PASSADO**

RESUMO

A arqueologia dos campos de batalha abre uma nova perspectiva de análise histórica, que facilita provas materiais contextuais para a interpretação dos fatos. A batalha do Pântano de Vargas constituiu o evento bélico mais importante da Guerra de Independência, pois abriu o caminho para os patriotas em direção a Santafé, desanimou os *realistas* e representou o combate mais sangrento, dado o número de baixas em ambos os lados, embora seus informes de guerra sejam confusos e imprecisos. A reconstrução do cenário de batalha, mediante a fotointerpretação e a prospecção arqueológica, assim como a localização, a escavação e a análise bioantropológica dos restos dos mortos, numa fossa comum, aberta depois do combate em Barital, poderá dar novas evidências sobre fatos e personagens da época.

Palavras-chave: arqueologia dos campos de batalha, Guerra de Independência, Pântano de Vargas, 25 de julho de 1819.

1. GUERRA DE INDEPENDENCIA, HISTORIOGRAFÍA Y LOS CAMPOS DE BATALLA

La Guerra de Independencia ha sido objeto de interés de historiadores, militares, sociólogos y economistas, desde sus diferentes perspectivas (Chaunú 1973, Díaz 1967, Iriarte 1993, Ocampo 1989, Restrepo 1969, Samper 1861, Tirado 1974 y 1995, Thibaud 2003), incluida la visión regional (Pérez 2000). Quizá el periodo más estudiado ha sido el correspondiente a la Campaña de Boyacá, en 1819, pues en ese momento se decidió la suerte de la República, gracias a sus éxitos militares y políticos. Esa es la interpretación corriente, especialmente desde la óptica militar (Cortés, 1921, 1924, 1934, 1969; Díaz 1963 Ibáñez 1998, Lecuna 1955, Lozano 1980, Mojica 2001, Pardo 2004, París 1919, Peñuela 1919, Restrepo 1969, Riaño 1960, 1967 y 1969, Uribe 1969), donde se resaltan las hazañas de sus héroes, que han sido plasmadas en monumentos, en las diferentes narrativas heroicas de la nación y en el himno nacional. Sin embargo, precisamente ese sentimiento patriótico no ha dejado apreciar el verdadero papel desempeñado por otros personajes como los campesinos granadinos, los indígenas, los esclavizados y las tropas extranjeras, que se enfrentaron a las balas de ambos mandos. Tampoco permiten comprender el papel de los curas o de las mujeres que enardecieron los ánimos, sirvieron de estafetas, que fueron proveedoras de alimentos, enfermeras, amantes, lavanderas y voluntarias (Forero 1971). Esa vida cotidiana está plasmada en narraciones, memorias y reminiscencias de algunos participantes de los hechos (Gallo 1919, Hurtado 2009, O'Leary 1952, Prieto 1917, Vawell 1973), así como en los partes militares de ambos bandos (Friede 1969; Lee 1989; Montaña 1989) que, si bien son muy escuetos, incluyen algunos pasajes más complejos de la realidad militar del momento.

Con el advenimiento del Bicentenario se han editado varias colecciones con estudios críticos y actualizados sobre la gesta independentista, entre ellas la Colección Ruta del Bicentenario, en la que se aborda la problemática de la participación de legiones extranjeras (Brown, 2010), la salud, y la memoria de la nación (Guerrero y Wiesner 2010).

La perspectiva arqueológica en estos nuevos estudios sobre la Nueva Granada es inexistente, pero vale la pena señalar que la arqueología, como disciplina histórica, con sus métodos y técnicas ha contribuido en los últimos años a reconstruir hechos más allá de las fuentes documentales. La arqueología ha posibilitado una nueva mirada a sus

personajes y condiciones de vida, mediante el análisis de las evidencias materiales, excavadas en los yacimientos históricos, gracias a los alcances del subcampo de investigación sobre la guerra y los campos de batalla (Borrero 2006, Earle 2000, Foard 2005, Geier y Potter 2003, Lees 2002, Rose 2005, Schonfield 2005, Sivilich 1996 y 2005, Sutherland 2005). Por su parte, la bioarqueología y la antropología forense han contribuido a la identificación de personas del pasado tanto remoto (Rodríguez 2006) como reciente (Rodríguez 2004). La ventaja de la metodología arqueológica es que, además de basarse en los testimonios históricos, los evalúa a la luz de las evidencias materiales, para someter a crítica los hechos relatados.

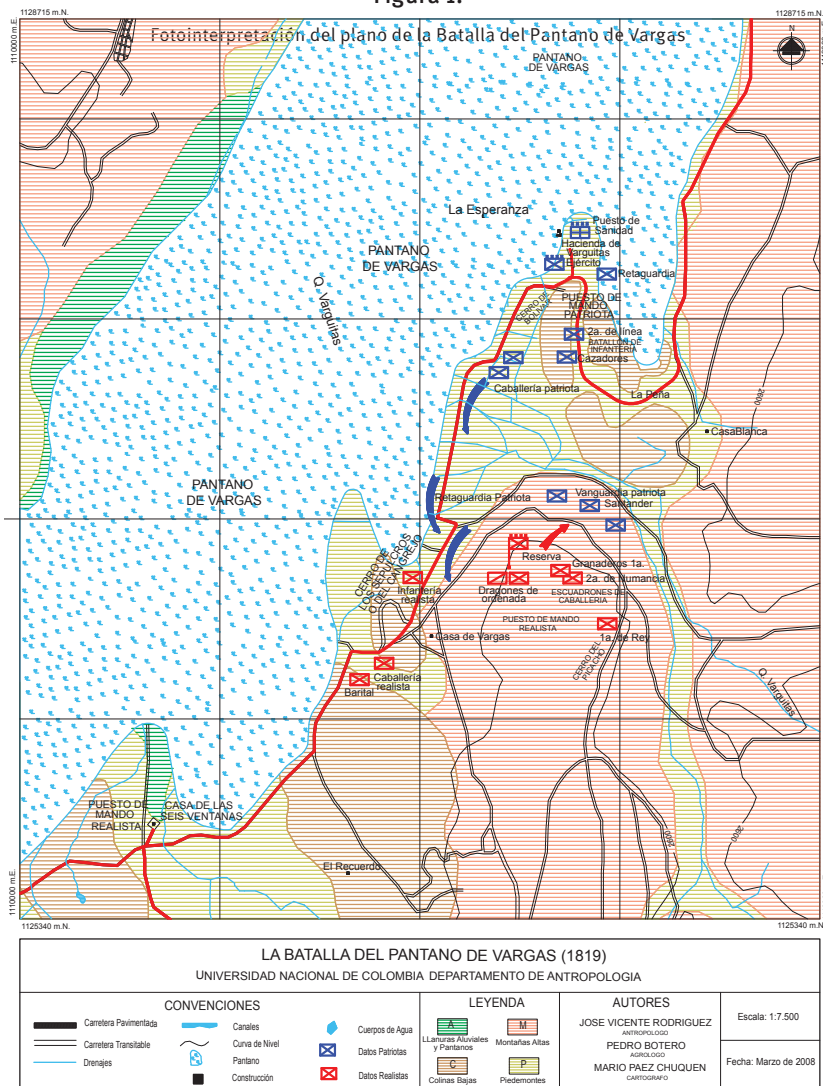
Esta metodología general incluye cuatro fases:

1. Documentación: se recaba la información existente, tanto en los documentos históricos como en la tradición oral, con el fin de establecer el tiempo, el espacio y los personajes.
2. Trabajo de campo: donde se realiza la fotointerpretación y el análisis de suelos de la región para reconstruir el paisaje de la época y el teatro de batalla; se ubican y delimitan los contextos arqueológicos a estudiar —sean fosas comunes o trincheras— y se excavan muestras representativas de los yacimientos.
3. Fase de laboratorio en la que se describen, clasifican, analizan e interpretan los materiales excavados.
4. Reconstrucción histórica mediante el cruce de la información de las etapas anteriores.

Siguiendo esta metodología, para el caso de la batalla del Pantano de Vargas, se han analizado las fuentes históricas primarias sobre la Campaña de Boyacá, con el fin de establecer los actores, espacios y sucesos. Se realizó la fotointerpretación del valle de Vargas, en Paipa, Boyacá, tratando de delimitar la extensión original del pantano, el campo de batalla y las rutas de acceso (figura 1) y se recorrieron los sitios del campo de batalla con el fin de ubicar los restos de las casas de la época. También se entrevistó a gente mayor que posee alguna tradición oral sobre los acontecimientos. Se han realizado pozos de sondeo en las zonas de posible enterramientos de restos humanos (llano de Barital, el Arenal, el zanjón al lado del camino Cacical en el cerro del Picacho). Asimismo, se prospectó, con detector de metales, en las zonas de mayor probabilidad —y de fácil acceso topográfico— de las acciones bélicas

(cerro del Picacho, del Cangrejo, llano de Barital), para recuperar proyectiles y restos de armas. Por el momento se han sondeado varios terrenos cerca del camino real, en el llano de Barital y por la parte oriental del cerro del Picacho. El objetivo del presente reporte es presentar una nueva visión sobre los hechos y personajes de la batalla del Pantano de Vargas del 25 de julio de 1819.

Figura 1.



2. LA ARQUEOLOGÍA DE CAMPOS DE BATALLA

La arqueología de campos de batalla (Foard 2005, Lees 2002, Sivilich 1996 y 2005, Sutherland 2005), arqueología de los combates (Schonfield, 2005), arqueología de la guerra (Earle 2000, Geier y Potter 2003, Rose 2005) o arqueología del conflicto (Sutherland 2005) se define como el estudio científico del terreno donde sucedieron combates y batallas, con el fin de comprender mejor los hechos bélicos acontecidos allí. Vista desde la antropología, esta área de investigación se puede definir como “la expresión física y violenta de una cultura o culturas en conflicto” (Scott, Fox y Connor 1989, 25). El término ‘arqueología de los campos de batalla’ implica un aspecto limitado del estudio del conflicto humano, enfocándose exclusivamente los hechos armados y, más específicamente, en su campo de acción, dejando de lado otros tópicos relevantes como el estudio de los hospitales de campaña, campamentos, fortificaciones, arsenales, campos de prisioneros, etc. Por este motivo existe una reciente propuesta, para denominar esta subdisciplina de la arqueología, sugiriendo el término de ‘arqueología del conflicto’ (Sutherland 2005, 3).

Durante las dos últimas décadas, la arqueología del conflicto ha cobrado fuerza, constituyéndose en una nueva área de estudio de la antropología que involucra varios campos y disciplinas, entre ellas la arqueología —y arqueología forense—, la antropología forense, la biología, la antropología dental, la etnohistoria, la topografía y la balística, entre otras, tomando elementos de cada disciplina en aras de presentar una visión holística del suceso.

3. LAS BATALLAS BAJO LA MIRADA DE LA ARQUEOLOGÍA

Se han evaluado numerosas batallas a la luz de las evidencias materiales, con el fin de reconstruir, constatar o desvirtuar las versiones de los partes de guerra que, habitualmente, son sesgados, pues persiguen el objetivo de desmoralizar al enemigo y formarse una opinión favorable entre las autoridades y la población civil.

Así, por ejemplo, los estudios realizados en la búsqueda de las causas que condujeron a la derrota de Napoleón en Waterloo, muestran claramente la necesidad de la interdisciplinaridad de los estudios en esta área de la arqueología. En este ámbito, se desarrolló un estudio orientado a observar los cambios en las unidades de paisaje, debidos a la remoción

del suelo, producto de los trabajos para la erección del montículo del León. Para esto se desarrolló un modelo tridimensional, a partir de un levantamiento geodésico, con la finalidad de reconstruir fielmente las características reales del terreno, que propiciaron la inexpugnable posición británica. Un meteorólogo reconstruyó el clima de los días precedentes a la batalla, a partir del análisis de los datos presentes en las memorias de los protagonistas de los dos bandos. Un médico forense, especialista en la medicina de guerra de los tiempos napoleónicos, dedicó sus estudios al tratamiento quirúrgico de las heridas recibidas en combate. Un militar de la Real Artillería Británica realizó estudios sobre los efectos de los diferentes proyectiles de artillería y su impacto en el desarrollo y en los alcances de la batalla (Haythorntwaite 2008, Nosworthy 1996).

Por otra parte, en los Estados Unidos el trabajo en campos de batalla ha tenido como principal promotor al Servicio de Parques Nacionales, por el interés de esta entidad en reivindicarlos como parte del patrimonio cultural e histórico norteamericano (Scott, Fox y Connor 1989; Lees 2002). En estos parques las batallas son revividas, año a año, con miles de extras voluntarios, para reconstruir las acciones de los ejércitos enfrentados durante la Guerra de Secesión (1861-1865), constituyéndose así en parte de los símbolos de su identidad nacional.

Es interesante el trabajo de Scott, Fox y Connor (1989) sobre la Batalla de Little Big Horn, que tuvo lugar el 25 de junio de 1876, entre las tropas del 7.º regimiento de Caballería, al mando del coronel George Armstrong Custer, y una coalición de indígenas sioux oglala, comandados por Caballo Loco y Cheyenne. Como resultado, no sobrevivió ningún miembro de la expedición de Custer, lo que desvirtúa el relato sobre una “última resistencia final”. Aquí se refleja el clásico drama épico protagonizado por dos culturas diametralmente opuestas: la indígena y la colonial, atrapadas en el eterno conflicto histórico de dominar o someterse, donde, por excepción a la regla, el débil se impone militarmente sobre el fuerte, mediante el empleo de las mismas armas generadas por la cultura dominante. Por esta razón, desde la perspectiva indígena, se habla no de batalla sino de genocidio de las tropas de Custer contra la población civil nativa, que respondió ante el ataque militar.

Los estudios arqueológicos han permitido reconstruir el fuego cruzado de los dos bandos, a partir del análisis forense realizado en las

muestras de cada una de las vainillas. El seguimiento de estas evidencias permitió establecer el desplazamiento individual de los portadores de dichas armas, identificándose más de 700 armas de fuego de indígenas, pertenecientes a 41 modelos. La evidencia arqueológica se encargó de presentar todos esos aspectos humanos de pánico y terror que diseminaron las tropas norteamericanas vencidas y debilitadas psicológicamente, en la búsqueda individual de su posible salvación. Solo en contadas ocasiones el alineamiento de los cartuchos del Séptimo de Caballería evidenció una estabilidad táctica en el campo del combate. Como fuente etnográfica primaria, Scott, Fox y Connor (1989) recurrieron a los relatos y pinturas de los nativos americanos, que presentan una realidad muy distinta de la que ha ofrecido la historia oficial hasta entonces.

En los campos de la antropología y de la arqueología forense se destaca el análisis de una fosa común que contenía 43 individuos, descubierta en Yorkshire. Los individuos fueron identificados como combatientes de Towton a partir de la datación con radiocarbono y los artefactos recuperados asociados. Un análisis osteológico de las lesiones de los individuos, evidencia la brutalidad legendaria de la batalla. Adicionalmente, el análisis de las inserciones musculares de los caídos permitió establecer que la mayoría de los cuerpos recuperados correspondía a arqueros muertos por la carga de la caballería pesada mientras estos huían en retirada. Un interrogante, que se investiga actualmente, es la cantidad de gente fallecida en Towton, pues mientras no hay dudas de que la batalla ocurrió realmente en el sitio históricamente documentado, los investigadores dudan sobre el número de los muertos y de la presencia de fosas comunes dentro del campo de batalla (Foard 2005, Geier y Potter 2003, Sivilich 1996 y 2005).

Cabe destacar también el descubrimiento, en 2002, en Vilnius, capital de Lituania, de una fosa común, la mayor encontrada perteneciente al periodo napoleónico, con los restos óseos de más de 2.000 individuos, que fueron enterrados con sus uniformes. La identificación de los botones y demás rasgos de su indumentaria permitió establecer que eran franceses, con edades entre los 20 y los 25 años, que habían sobrevivido a la campaña rusa, para morir allí de hambre e hipotermia (Rose 2005, 116).

Investigaciones recientes, en los Estados Unidos, comprenden el campo de Antietam, donde se libró un importante combate durante la Guerra Civil norteamericana, el 17 de septiembre de 1862. En las

investigaciones arqueológicas realizadas por el Servicio Nacional de Parques y la firma US Greiner, como contratista, han emprendido, desde 1994, excavaciones en la granja del arrendatario de Locher/Poffenberger y las áreas al norte del campo de batalla, pretendiendo establecer la afectación de la población civil en una granja directamente vinculada al conflicto. Debido a la disponibilidad de fotografías históricas, Antietam se ha utilizado también para construir simulaciones de computadora de paisajes históricos (Smith 2005).

4. EL ESTUDIO ARQUEOLÓGICO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE COLOMBIA

La temática de la guerra de emancipación de las colonias hispano-americanas y sus protagonistas ha sido tema central de los historiadores latinoamericanos. Más de un tercio de la historia y la historiografía de los países que fueron colonias del imperio español, gira en torno a la cuestión de la independencia (Chaunú 1973, Thibaud 2003). A pesar de haber sido incorporados nuevos documentos a los archivos de Colombia, provenientes de Cuba y de España, existen dudas sobre la veracidad de los partes de guerra elaborados al fragor del combate, sin tiempo para realizar evaluaciones más serenas de los resultados de los enfrentamientos bélicos (Díaz 1963 y 1967, Friede 1969, Ocampo 1989, Riaño 1967). Por esta razón, el análisis contextual de las evidencias materiales recuperadas de los campos de batalla, especialmente de los más sangrientos (combate del Pantano de Vargas, 25 de julio de 1819), como también de las víctimas de las costosas travesías (páramo de Pisba, junio de 1819) y de los asedios cruentos a ciudades de la Nueva Granada (Cartagena, agosto a diciembre de 1815), puede ofrecernos nuevas perspectivas de investigación, en las que el desarrollo de disciplinas como la arqueología y la antropología física aportaría datos sobre la gente y los hechos históricos.

En Colombia se han desarrollado dos investigaciones sobre los campos de batalla. En primer lugar, el trabajo empírico realizado por Jorge Ruge y Harry Mariner entre los años 1991 y 1995, quienes, con detectores de metales, recorrieron el terreno donde se libró la batalla de Subachoque en 1861, mejor conocida en la historia como Campo Amalia o Santa Bárbara. En este trabajo se recuperaron algunos objetos que ubicaron en una plancha del Instituto Agustín Codazzi, según su distribución espacial, permitiendo establecer la verdadera localización

de los campamentos de los generales Mosquera y París, sin que exista otro documento publicado al respecto.

Se encuentra un segundo estudio en la prospección arqueológica, realizada en el 2002, como requisito para la modificación de la licencia ambiental solicitada por la firma de ingenieros Consorcio Solarte y Solarte, dentro de los requerimientos para la obra de ampliación de la doble calzada de la carretera Briceño-Tunja-Sogamoso. En el marco de dicho proyecto, Daniel Borrero realizó la tesis de pregrado en Antropología, en el 2006, titulada “Arqueología de los campos de batalla. Prospección arqueológica en el Puente de Boyacá”, donde se logró determinar que la actual casa histórica no correspondía, ni por su ubicación ni por su factura, con la Casa de Teja o de Postas, mencionada en los documentos de la batalla.

A partir de estos escasos ejemplos, podemos entender que la arqueología de los campos de batalla ha aportado nuevas evidencias de carácter material al estudio del conflicto humano y de las formas que tienen las sociedades de hacer la guerra. Estas evidencias no se han tenido en cuenta en los análisis de los conflictos armados durante los casi 500 años de vida hispánica (Jimeno 1993 y 1995, Riaño 2006), cuyo herramienta fundamental de análisis ha sido la entrevista directa, bien sea a los actores o a sus víctimas o, en otros casos, mediante documentación de archivo.

Los campos de batalla, a diferencia de los yacimientos arqueológicos prehispánicos, –donde hay, por lo general, una gran ocupación humana, en un periodo más o menos largo, que permite establecer una estratigrafía definida–, presentan una característica atípica en su formación: su carácter es disperso, aleatorio y no estratificado, con una considerable extensión del terreno donde se dio la confrontación armada. Esto supone, de antemano, problemas logísticos significativos para el arqueólogo, ya que no es posible trabajar con los métodos tradicionales de prospección mediante pozos de sondeo, cortes o trincheras. Según Scott, Fox y Connor (1989), de los más de 5.000 proyectiles recuperados en Little Big Horn, solamente 10 se obtuvieron en cortes de 5 x 5 metros y ninguno en pozos de sondeo, lo que permite establecer nuevos criterios en la búsqueda de vestigios. Para ello es necesario definir primero el área de afectación o macroescenario, que se delimita inicialmente bajo el principio de “composición de lugar”, a partir de los documentos de

los partícipes en el hecho de armas, que indican la zona aproximada de la ubicación de las fuerzas.

5. LOS LLANOS, EL INICIO DE LA CAMPAÑA DE BOYACÁ

El ganado escasea y el arroz no se ha visto en muchos ranchos. El invierno es riguroso, el temperamento contagioso y las enfermedades en la tropa se propagan. En semejante situación y en estado tan lamentable, no es extraño que un hombre sin principios, como es el soldado, abandone el servicio, para ir a buscar el sustento a otra parte. (Francisco de Paula Santander, Grita, abril 30 de 1813; Santander 1969, 143)

Entre 1813 y principios de 1819 los Llanos de Venezuela y Nueva Granada se convirtieron en el refugio de los patriotas exiliados de sus lugares de origen y, también, en teatro de guerra: en el territorio de aprendizaje de las artes de combate, de la organización y de la disciplina militar.

Francisco de Paula Santander, un joven bisoño, se inició como subteniente de infantería y alcanzó, con el tiempo, el rango de General de Brigada por sus méritos, servicios y aptitudes en la campaña de los llanos de Casanare. Él fue nombrado Jefe de la Vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada por el Libertador Simón Bolívar, el 25 de agosto de 1818, quien, después de varios altercados con José Antonio Páez, proclamó a Santander como jefe de las tropas de Casanare, el 1.º de noviembre de 1818. De este modo se allanó el camino para la integración de los andinos y llaneros de ambos lados de la frontera, con el fin de enfrentar al enemigo común, que encontrarían a su paso por la cordillera, según la proclama de Simón Bolívar, Jefe Supremo de la República, Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada, en el Cuartel General de Angostura, el 15 de agosto de 1818 (Santander 1969, I, 143),

Granadinos! El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela.

La campaña de Casanare fue ventajosa para las tropas granadinas, comandadas por Santander, pues las disciplinó, les elevó la moral, que había decaído después de varias derrotas ante las tropas de Morillo —tanto, que los venezolanos tildaban a los granadinos de cobardes—, desgastando y desmoralizándolas y, ante todo, había logrado preservar la unidad de combate frente a las fallidas incursiones de Barreiro al Casanare (Riaño 1969, 56).

Ambas partes entendían que la toma del rico territorio de la Nueva Granada, “centro de la América” como lo consideraba el mismo Morillo, con posibilidades de montar un sistema de operaciones que abrazara a todas las partes con suficientes recursos para llevar la guerra, donde las tropas españolas descansaban hacía rato por la falta de operaciones militares y donde los sublevados esperaban apoyo de los granadinos asentados en Casanare, podría cortar las comunicaciones de los españoles si se les caía por sorpresa por donde menos los esperaban, debido a las dificultades de su paso. La transformación de los indómitos llaneros en soldados disciplinados debía rendir frutos, más aún cuando contaban con oficiales extranjeros (británicos), fogueados en las guerras europeas.

Barreiro veía la situación de otra manera. Por las bajas que había sufrido en Venezuela, consideraba que Bolívar había perdido poder hasta el punto de ser depuesto por el Congreso, viéndose obligado a abandonar Guayana y a buscar apoyo en Santander, nombrado por él mismo; además, por las desavenencias con Páez, sus tropas se habían disminuido. De esta manera buscaba restituir su poder (Barreiro a Sámano, julio 19 de 1819; Friede 1969, 86).

A finales de abril y principios de mayo, las tropas patriotas realizaron varias maniobras de distracción en la Salina, Paya y el valle de Tenza, ganando algunos combates y perdiendo otros; el 25 de mayo de 1819, bajo el mando de Bolívar, inician en El Mantecal, Venezuela, los preparativos para su expedición a la Nueva Granada, con el fin de sorprender al enemigo en el centro. Las condiciones en esa época eran muy precarias: las inclemencias del clima (invierno riguroso en los Llanos que exigía vadear ríos muy torrentosos), la mala preparación militar de los reclutados, la falta de ánimo de algunos llaneros para traspasar la cordillera, y la carencia de armas y de vestimenta adecuada al frío andino. Después de las primeras deserciones, el 25 de junio se reúnen en Pore, cerca de

2.500 hombres, entre ellos, los llaneros acostumbrados al calor, pero no al frío andino (Restrepo 1969, IV, 74-75).

6. EL PASO DEL PÁRAMO DE PISBA “PARECÍA UNA QUIMERA”

Daniel F. O’Leary (1952, 89) describió en sus *Memorias* los momentos de dificultades que padecieron las tropas patriotas, como testigo de primera mano. El paso desde los llanos “parecía una quimera”, no solamente por las dificultades climáticas, sino porque los realistas concentraban 4.000 hombres en la frontera norte, para guarnecer el ingreso desde los llanos de Casanare al territorio entre Cundinamarca y Tunja, mientras que en Tunja y Santafé tenían otros 3.000 soldados acantonados. Además, los llanos estaban inundados, así que no había manera de echarse para atrás. El 22 de junio inician el ascenso luchando durante varios días contra las inclemencias del clima, el hambre y las dificultades del escabroso camino. Los llaneros, acostumbrados a las cálidas sabanas, vestidos con un pantalón corto de bayetilla, se arredraron ante la imponentia de la naturaleza; algunos desertaron, otros murieron durante la travesía y los sobrevivientes no soportaban ni el peso de la comida (raciones de carne y arracacha para cuatro días) que arrojaban al camino para quedarse solamente con el fusil. La diarrea causada por el consumo de aguas frías hacía estragos y el mal de altura emparamaba a la gente, que debía que ser flagelada para reanimarla. El ganado llanero se dispersó por el camino y los pocos caballos que sobrevivieron perecieron en esta jornada, abandonando el parque y las municiones que transportaban.

El 27 de junio, la vanguardia granadina, comandada por Santander, enfrenta en Paya una avanzada del ejército realista, con pocas bajas de ambos lados, pero que, a juicio de los analistas militares, abrió las puertas para la conquista del Virreinato de la Nueva Granada (Riaño 1969, 139). La situación de la retaguardia comandada por Bolívar era bastante penosa: apenas llegaron a Morcote —con solo un día de marcha por la cordillera—, pues, por un lado, los llaneros venezolanos no estaban acostumbrados al frío andino y, por otro, el ganado y los caballos se habían dispersado, por lo que comentaba con tristeza “hoy no comerá esta división y quién sabe si sucederá mañana lo mismo”, decidiendo hacer un alto para aprovechar los plátanos lugareños, en espera de víveres. El desánimo de sus tropas obligó a Bolívar a convocar una reunión en el Llano de Miguel, en un lugar entre Morcote y Paya,

con el fin de discutir con Santander los procedimientos a seguir, dado el desánimo de los llaneros. Santander convocó a la oficialidad de sus tropas granadinas (Fortoul, Arredondo, Obando, París, Guerra y Cancino) para explorar sus opiniones, la cual fue unánime en favor de continuar, de manera indeclinable, la travesía hacia el interior del reino, afirmando que “preferían una muerte segura en la proyectada operación contra los enemigos dominadores de la Nueva Granada, que retroceder a los Llanos, y que la división sola debía seguir adelante” (Riaño 1969, 152).

Con la irrevocable decisión de continuar, la tropa granadina se comprometió a atravesar la cordillera a la vanguardia, para explorar el territorio de la Provincia de Tunja y no comprometer las menguadas fuerzas llaneras. Después de muchas fatigas, más de un centenar de llaneros y la cuarta parte de la tropa británica mueren de frío; la caballería se merma con la pérdida de caballos, monturas y municiones, brindando un cuadro desolador de gente enferma, desnuda y pobre, en el campo de Bonza, desanimando a sus pobladores. No obstante, el impacto psicológico de la presencia de Bolívar alentó los espíritus republicanos.

7. EL ARRIBO A BOYACÁ Y LOS PRIMEROS COMBATES

En tan lamentable estado llegan las tropas a Socha, el 6 de julio. Sobre esta situación Barreiro informa a Sámano, en nota del 21 de julio, que Bolívar está consternado con la magnitud de la pérdida de soldados por las enfermedades ocasionadas por el temperamento, hasta el punto que tenía 500 enfermos en el hospital de Tasco y, en Pisba, por su parte, quedaron los 200 británicos (Friede 1969, 92). No obstante, Bolívar restablece su ejército con campesinos boyacenses, alcanzando 2.446 hombres, con los que combate en Corrales, Gámeza y Molinos de Tópaga, entre el 10 y el 11 de julio. Barreiro (Friede 1969, 73-74) informa, desde Molinos de Tópaga, el 12 de julio que los “enemigos están enteramente en cueros, de modo que me asombro de cómo pueden resistir los rigores de la estación”, y que los patriotas apresados durante estos combates “a todos los hago matar al momento para comprometer más al soldado”. Ellos fueron fusilados posiblemente en La Ramada, en las afueras de Sogamoso.

El frío en el páramo era tan agudo que la gente usaba ruanas de cuero de ovejo, con la parte lisa hacia arriba y la lana al interior, para calentarse; así, el agua se escurre por el cuero (Hurtado 2009). En Socha,

el párroco convocó a la población a una misa y, una vez adentro, le solicitó a los feligreses la entrega de ropa para los patriotas. Se afirma que se reunieron tres carretas, tiradas por bueyes, con ropa, incluidas las enaguas de lana de las mujeres que con gusto las cedieron, siendo entregadas a las tropas que se reponían de la travesía allí.

8. LA MUJER DURANTE LA CAMPAÑA DE BOYACÁ

El padre Andrés M. Gallo (1919) cuenta en sus *Reminiscencias*, que su madre, la señora Juana Velasco de Gallo, residente en Toca, se entusiasmó tanto con el mensaje de la llegada de los republicanos, traído por doña Rosario Zambrano, enviado por Agustín Combariza, donde se solicitaba ropa, cobijas y bestias, que resolvió, entregar a dos de sus hijos para que se alistaran en las filas patriotas con los muchachos de la casa, junto a las cobijas, la ropa, varios caballos y el zaino que le mandaba al Libertador. Días después, al enterarse de la entrada triunfal de la tropa libertadora a Tunja, tras la victoria en el Pantano de Vargas, la madre del padre Gallo, las tías y las amigas organizaron un banquete de bienvenida al Libertador, que incluía la entrega de uniformes; además, les animaba conocer a tan importante personaje. Años antes, doña Juana y su marido se destacaban por haberse negado, con indignación, a dar alojamiento a las tropas realistas que recogían dinero y animales, y fueron señalados como enemigos.

En el pueblo de Corrales murió alanceada la joven y bien parecida mensajera Juana Escobar, por haber intercedido por los patriotas ejecutados a manos de las tropas realistas; las mismas mujeres del pueblo recogieron los cadáveres de sus maridos y los llevaron de uno en uno al cementerio para sepultarlos. Cuando llegaron los británicos en muy lamentable estado a los Aposentos de Tasco, una mujer los acogió, dándoles de comer y a los heridos los albergó con cuidados especiales. Anota el mismo padre Gallo que el Libertador se entusiasmaba y animaba, dándoles el recibimiento a las innumerables damas boyacenses de los pueblos vecinos que traían canastas de pan, bizcochos, postres y frutas, además de ropa para los soldados, inclusive, se desprendían de su propia ropa interior para hacer camisetas para aquellos. Unas señoras Azuero, de Duitama, albergaron a los heridos de los combates en sus cercanías. La humilde campesina Estefanía Parra sirvió de espía, infiltrándose en

las tropas realistas como vendedora de víveres, con el fin de obtener información sobre sus movimientos. Muy temprano, el 7 de agosto de 1819, condujo a las tropas de vanguardia, comandadas por Santander, por el atajo que les permitiría rodear a Barreiro, cerrándole el paso hacia Santafé; también les señaló el vado por el río Teatinos, por donde sorprenderían a las filas enemigas (Forero 1971).

Teresa Izquierdo, costurera de Sogamoso, cosía ropa de mujer pero con sus amigas elaboraba furtivamente, en la penumbra de la noche, vestidos para la tropa republicana, que se organizaba en sus cercanías. Fue descubierta, junto con su amiga Estefanía Neira, y ejecutada el 24 de julio de 1818, pero su amiga sufrió la angustia de la prisión hasta enero de 1819. El 10 de mayo del mismo año fue ejecutada Juana Ramírez, otra entusiasta espía patriota (Forero 1971, 160).

Simón Bolívar admiraba el sentimiento patriota de las mujeres de la Nueva Granada, muchas de ellas ejecutadas durante la guerra a muerte, como Policarpa Salavarrieta, quien en el banquillo de ejecución anunció “que cerca estaban quienes vengarían su muerte” y que moría por defender los derechos de su patria (Caballero 2000, 197). Entre las mujeres patriotas se encontraban: Presentación Buenahora, que surtía de caballos y víveres; Justina Estepa, que servía de espía entre el valle de Tenza y Casanare; Ignacia Medina proveía de víveres y medicinas; María de los Ángeles Ávila, Salomé Buitrago, Genoveva Sarmiento, Inés Osuna y otras más. Admirado por el heroísmo de las mujeres granadinas, pronunció un discurso sobre ellas (Gallo 1919, 522),

¡La mujer!... ¡la mujer... nuestros antepasados la consideraban inferior al hombre, y nosotros la consideramos nuestra igual... unos y otros estamos grandemente equivocados, porque la mujer nos es muy superior... Dios les ha dotado de gran perspicacia y sensibilidad, y ha puesto en su corazón fibras delicadísimas, cuerdas muy sensibles a todo lo noble y elevado. El patriotismo, la admiración y el amor hacen vibrar esas cuerdas, y de ahí resultan la caridad, la abnegación y el sacrificio. Si así no fuera, las damas de la Provincia de Tunja, ante cuya caridad y abnegación me descubro con respecto (y se quitó el morrión), no habrían podido realizar el milagro que han hecho, y que todos palpamos. Hinchidas por dos sentimientos, a cual más noble y elevado, la caridad y el patriotismo, han vestido al

desnudo, saciado al hambriento, aliviado al adolorido y fortalecido al desfalleciente...

9. EL PAISAJE Y EL CLIMA DEL VALLE DEL PANTANO DE VARGAS EN JULIO DE 1819

El angosto valle del Pantano de Vargas tiene unos cuatro kilómetros de longitud de sur a norte, y uno y medio de ancho de este a oeste; por el centro desemboca la quebrada de Varguitas y otras, cuyos desbordes durante la época de lluvias, conjuntamente con el río Chicamocha, inundaban todo el valle, golpeando el agua de montaña a montaña, bordeando el cerrito de la casa de Varguitas, al norte; y el de la casa de Juan Díaz, al sur, pues solo se podía cruzar en canoa o bordeándolo por el occidente por el camino real —actual carretera Paipa-Duitama—. La parte occidental del valle está bordeada por un pequeño ramal de la cordillera, de forma alargada, cuyo cerro más elevado es conocido como cerro del Picacho o de La Guerra. Por el oriente estaba rodeado del pantano. Dos estribaciones que sobresalen de la llanura se denominan cerro del Cangrejo o de los Sepulcros al sur, y el pequeño y pedregoso cerro de Bolívar al noreste. El camino que siguieron los patriotas es el mismo que une a Tibasosa con Duitama (Hurtado 2009; Peñuela 1919).

Manuel Ancízar (1984, II, 22-23), en 1851 realizó la mejor descripción de la región:

Era el pantano de Vargas una ensenada del antiguo lago de Duitama, que en 1819 se conservaba todavía cenagosa, recostándose las aguas dormidas contra los cerros que amurallan a lo largo la ensenada por el N., y no dejando en seco sino las faldas de otros cerros fronterizos que forman la barrera del S.; de manera que el espacio transitable quedaba estrecho, ceñido en lo bajo por varias colinas y una cerca de piedras que marcaba el límite de la tierra firme, y dominado por lomas que se levantaban en escalones derechos, pedregosos y sin monte.

Para la época del combate, el camino se encontraba delimitado por una cerca de palos un poco arriba del actual muro de piedra, bastante destruida por las construcciones contemporáneas. Con las intensas

lluvias, durante todo el mes de julio de 1819, las quebradas como Varguitas eran difíciles de vadear, al igual que el río Chicamocha (alcanzaba 60 metros de ancho en el puente de La Balsa), mientras que el pantano era impenetrable.

Hasta la construcción del vallado central, la zona era un enorme pantano que se inundaba durante el invierno, cuyas aguas alcanzaban la orilla del antiguo camino que conduce a Duitama, traspasaban la actual carretera que lleva a Paipa, hasta el borde de las colinas de las casas de las Seis Ventanas y al otro lado la de Varguitas. Era tal la magnitud del espejo de agua en invierno, que se podía navegar en canoa entre ambas montañas. Tanto el río Chicamocha, entonces muy grande, como la quebrada Varguitas, también de buen caudal, alimentaban la laguna. Esta última se formaba por la confluencia de otras dos quebradas: Patio de las Brujas, hacia el noreste; y la del Caimán, hacia el sureste, con vegetación de baritos (juncos) en las orillas, de donde el sitio adquirió el nombre de Barital. Las colinas tenían vegetación baja y los pinos actuales fueron sembrados para reforestarlas, hace cerca de 50 años. El llano de Barital no se inundaba y se ubicaba entre dos colinas, siendo una de ellas la del Cangrejo, protegida de las inundaciones por un antiguo vallado que se iniciaba por el suroeste de la segunda colina —hoy cortada por la carretera que conduce a Paipa— y bordeaba la parte occidental del cerro del Cangrejo. Al lado occidental del cerro de Bolívar se hallaba un llanito donde se ubicó la caballería patriota; su contraparte, la caballería realista, se desplazó en el llano de Barital, protegida por el cerro del Cangrejo.

En ese entonces existían solamente seis casas: 1) El Molino, que empleaba las aguas canalizadas de la quebrada Varguitas para mover dos piedras grandes que molían maíz, trigo y cebada; con el tiempo se convirtió en escuela y hoy se encuentra en ruinas; sus piedras de moler aún se conservan en el sitio. 2) La Chichería, al frente del puente de La Balsa, ya desaparecida; sus piedras de moler se usaron, hasta hace poco, como soporte de canchas de tejo. 3) Varguitas, cuartel de las tropas patriotas y donde murió Rooke; constaba de varias habitaciones, reducidas a dos; su techo también fue modificado —constituyó el hospital de los patriotas—. 4) La casa de Juan Díaz o de las Seis Ventanas, al sur de Barital, se convirtió en el cuartel de Barreiro; actualmente está deteriorada por falta de mantenimiento. 5) La casa de Vargas, al frente del monumento, fue escuela durante mucho tiempo, y restaurada por el

gobierno para el futuro museo regional. Se dice que, en el patio trasero, el día anterior a la batalla, sus ocupantes fueron ejecutados por Barreiro por apoyar a los patriotas. 6) La casa de La Peña, hoy completamente en ruinas, fue saqueada por algunos pobladores en busca de tesoros entre sus paredes.

10. PROCEDENCIA DE LAS TROPAS

El bando realista estaba dirigido por el coronel José María Barreiro, integrado por cerca de 1.300 hombres de infantería y más de 400 jinetes, la mayoría granadinos bien adiestrados, disciplinados y apertrechados, que conformaban la Tercera División del Ejército Expedicionario. Esta estaba integrada por el Batallón Primero del Rey con 500 hombres; el Batallón Segundo del Rey con 200 hombres; el Batallón Segundo de Numancia con 500 soldados; el Batallón Tercero de Numancia con 100 hombres, para un total de 1.300 de infantería y 500 de caballería. Las tropas patriotas estaban integradas por 1.000 hombres de infantería y 100 de caballería, que constituían la vanguardia al mando de Francisco de Paula Santander. Estas procedían, entre otras, de las provincias, de Pamplona, Cúcuta, Socorro y Tunja; en la retaguardia, bajo el mando de José Antonio Anzoátegui, había 970 hombres de infantería y 300 de caballería, en su mayoría venezolanos, para un total aproximado de 2.400 soldados (Riaño 1969).

En el análisis que Barreiro hacía de las tropas republicanas, el 19 de julio de 1819, mencionaba que sus fuerzas se subdividían en seis batallones y un regimiento de caballería, entre ellos el Batallón de Cazadores Constantes de la Nueva Granada, integrado por aproximadamente 400 hombres vecinos de la región Andina, Casanare y serranías cercanas; el de Línea de Constantes de la Nueva Granada, compuesto por 600 indios de las misiones de Casanare, “miserables y cobardes”; el Batallón Bravos de Páez, con 300 llaneros del Apure; el Batallón Barcelona con 300 llaneros de la misma procedencia; el Batallón Rifles con 250 plazas, “la mayor parte negros franceses de Santo Domingo” —versión no verificada—; el Batallón de Ingleses con 200 hombres, y el Batallón de Caballería de Guías con 400 jinetes, para un total de 2.450 plazas. La tropa de infantería estaba armada con fusiles ingleses o franceses con bayoneta, con 30-40 cartuchos, 12-16 cargas de fusil en depósito y 16 cartuchos. La caballería estaba armada con carabinas y lanzas (Friede 1969, 84-85).

11. EL COMBATE DEL PANTANO DE VARGAS

El 20 de julio, después de un breve descanso, las tropas patriotas reanudan la campaña tratando de enfrentar a Barreiro, con el fin de llegar a Tunja por el camino de Toca y cortar las comunicaciones de los realistas con Santa Fe. Una avanzada de 40 infantes, enviada a acechar a las tropas realistas, fue derrotada en la Cruz de Murcia, un cerro al frente de Vargas, salvándose un solo soldado, quien dio aviso a Bolívar sobre la presencia enemiga. Por esta razón, decidió tomar el curso del camino de Tibasosa a Paipa, para lo cual debía cruzar el río Chicamocha, crecido por ser época de invierno. Los días 23 y 24 de julio se dedicaron a la construcción de balsas de chusque y cuero para vadearlo, y el 25 de julio, a las cinco de la mañana, ya estaban listas, por lo que se decidió vadear el río por el sitio de Puente de la Balsa.

La derrota en el sitio denominado Cruz de Murcia fue aprovechada por Barreiro, quien ubicó rápidamente sus tropas en posiciones estratégicas en los cerros del Picacho y del Cangrejo, con el fin de bloquear el paso de los republicanos por la quebrada Varguitas y el sendero que bordeaba el pantano. Al no tener por dónde retirarse, ya que el río Chicamocha estaba muy crecido, el ejército patriota decidió enfrentar al enemigo cruzándolo por el sitio de Puente de Balsa. La estrategia de Bolívar se encaminó a apoderarse del cerro del Picacho mediante una avanzada de la vanguardia comandada por el general de brigada Francisco de Paula Santander y lo coroneles Joaquín París y Antonio Obando; el general de brigada José Antonio Anzoátegui, al mando de la retaguardia, atacaría el cerro del Cangrejo; el coronel Arturo Sandes, comandante del Batallón Rifles, avanzaría por el ala derecha; el Batallón Barcelona, liderado por el coronel Ambrosio Plaza, se situaría en el centro; en la reserva estarían el 1.º de Línea, Bravos de Páez, la Legión Británica y la caballería la reservó bajo sus inmediatas órdenes (Lozano 1980).

En tres oportunidades, los batallones republicanos Rifles, Barcelona y Cazadores, que habían ascendido por la escarpada ladera que da hacia la quebrada Varguitas, fueron repelidos de manera arrolladora por el 1.º del Rey, al mando del coronel Nicolás López, por el ala derecha; y el Batallón Tambo, comandado por el coronel Jiménez, por el centro y el ala izquierda, apoyados posteriormente por una parte del Batallón Numancia, al mando del coronel Juan Tolrá. El combate fue bastante reñido y los hombres heridos rodaban por la ladera septentrional del

cerro del Picacho. Ante estas sucesivas derrotas, Bolívar ordenó apoyar a la infantería con los Bravos de Páez, comandados por el coronel Justo Briceño y la Legión Británica, comandada por el coronel Jaime Rooke. Viendo que sus tropas cedían terreno, Barreiro dispuso el envío de dos compañías del Numancia y de escuadrones de Dragones —eran de caballería, que habían desmontado para apoyar a la infantería—, comandados por el coronel Salazar, para detener la nueva acometida de los republicanos.

Por el estrecho camino que bordea el lago, la lucha fue también muy ardua, pues, por un lado, los soldados, comandados por Anzoátegui, no cedían ante el embate de los Húsares de Fernando VII, llegando a veces hasta la estrecha garganta que separa los dos cerros (actual Arenal). Se afirma que la victoria estaba dada a favor de los realistas y Barreiro, seguro de ella, había gritado, hacia las 5:00 p. m., “Viva España, ni Dios me quita la victoria” y ordenó a la caballería rematar a las montoneras. Viendo la situación tan angustiante por la posibilidad de que la caballería realista envolviera a los republicanos, Bolívar ordenó a Rondón atacar con su caballería, quien, con sus jinetes —montados en caballos frescos recién llegados de la hacienda de la familia Niño—, logró penetrar la ofensiva realista, destruyendo las escuadras a su paso, siendo apoyado por el resto de caballería e infantería al mando de Mujica, Infante y Carvajal. La carga fue tan arrolladora que los realistas fueron desalojados del camino y del cerro del Cangrejo, pereciendo buena parte de los jinetes de los Húsares de Fernando VII (Lozano 1980, 287). Un fuerte aguacero, después de las cinco de la tarde, dispersó a las tropas que se replegaron hacia sus respectivos sitios de mando.

El padre Andrés María Gallo (1919, 527), quien ayudó a los heridos y moribundos de ambos bandos en el combate del cerro del Picacho, describió en sus *Reminiscencias* los últimos momentos de la tarde, cuando a las cinco vio todo perdido, por el fuego cruzado de las tropas realistas ubicadas en ambos cerros (Cangrejo y Picacho). Sin embargo, a las seis, al contrario, los patriotas se habían recuperado y hubieran vencido a los realistas si no fuera por el fuerte aguacero que dispersó a las tropas. Narra que Bolívar ordenó al Batallón Albión cargar contra los enemigos, a punta de bayoneta por el Picacho, estableciéndose un combate cuerpo a cuerpo, con muchas bajas de ambos lados. En ese momento la caballería realista cargaba por el centro, presentando una

situación crítica para los patriotas, por lo que los Húsares de Rondón embistieron por el ala izquierda del enemigo —el camino Real—, [...] al mismo tiempo que Carvajal, con su escuadrón Guías, cargaba a la caballería española, la destrozó y volvió luego sobre la infantería, que ocupaba la casa —de Vargas— y sus alrededores; y con este auxilio los ingleses recuperaron las alturas —del cerro el Picacho—.

De este relato se desprende que la acción conjunta de dos frentes de infantería (comandados por Santander y Rooke sobre el Picacho) y la caballería (comandada por Rondón y Carvajal sobre el camino real) decidieron la suerte de la batalla entre las cinco y las seis de la tarde, hasta que se desató la tempestad.

El mismo Barreiro (en carta a Sámano, Pantano de Vargas, julio 26 de 1819, citado en Friede 1969, 94) narra de la siguiente forma el desenlace del combate:

La columna de reserva recibió la orden de flanquearlos y la caballería de cargarlos en el desfiladero por donde se hallaban precisados a retirarse. Su destrucción era inevitable y tan completa que ni uno solo hubiera podido escaparse de la muerte. La desesperación les inspiró una resolución sin ejemplo. Su infantería y su caballería, saliendo de los abismos en que se hallaban, treparon por aquellos cerros con furor. Nuestra infantería que por un ardor excesivo y por lo escarpado de la posición se hallaba desordenada, no pudo resistir sus fuerzas; sin embargo, les disputó a palmos el terreno y cedieron la posición al enemigo después de la más obstinada defensa. Reforzadas por otras dos compañías de la reserva, tres veces tomaron y perdieron a la bayoneta la misma posición. Por desgracia, otras cuatro compañías que debieron reforzar las anteriores se extraviaron y no llegaron a tiempo, por lo que me vi precisado a destacar los Granaderos, 6ª y 4ª de dragones para que contuviesen al enemigo, lo que verificaron echando pie a tierra y unidos a la infantería, lo estrecharon nuevamente en su posición. Aún no desconfiaba de su total exterminio pues el batallón del rey debía caerles por su espalda; pero a este le faltaron las municiones y no pudieron seguir por lo escabroso del terreno. Un fuerte aguacero impidió la continuación del fuego y sobreviniendo la noche, me vi precisado a reunir las tropas

y, tomando posición sobre el mismo campo, esperar las municiones de que estaba enteramente la tropa desprovista.

Los partes de guerra fueron contradictorios, pues, por un lado, José María Barreiro (Friede 1969, 96-97) informa a su comandante, Juan Sámano, desde el campo de los pantanos de Vargas, el 26 de julio de 1819, sobre

[...] los gloriosos sucesos sostenidos por nuestra tropa en el día de ayer, los que hubieran sido mucho más felices si las tropas no hubieran sido tan valientes, siendo absolutamente imposible contenerse su ardor y atrevimiento en querer adelantarse más que sus compañeros [...].

Pero, por otro, la historiografía colombiana ha señalado el triunfo patriota y la importancia del mismo, pues resolvió la suerte de la posterior batalla de Boyacá y la gesta independentista, al desconcertar a las tropas realistas (Restrepo 1969). Otros han planteado que

[...] el combate del Pantano de Vargas no fue desde el punto de vista táctico una acción decisiva. Ninguno de los dos contendores quebrantó en forma absoluta la resistencia del contrario, no obstante que ambos proclaman en sus partes fechados sobre el mismo campo, el triunfo de sus armas. (Cortés 1969, 67-68)

El parte del Estado Mayor del Ejército Libertador, suscrito por M. Manrique el 26 de julio (Montaña 1989, 11), es muy escueto, ya que se realizó cuando aún no existía un cuadro general de los resultados de la batalla. Este señala que la tropa inició el paso hacia el camino del Salitre a las cinco de la mañana, terminando de vadear el río Chicamocha a las diez, y a las doce del día se inició el combate. El Batallón Primero del Rey, con otras compañías del Segundo, atacó por su flanco derecho, ocupando el cerro del Picacho, a lo que se opusieron dos batallones de la vanguardia republicana, al mando de Santander. Posteriormente, se movilizaron por el frente los batallones Segundo y Tercero de Numancia, con algunos del Tambo y el regimiento de Dragones de Granada, ocupando el cerro de Los Sepulcros (Cangrejo) y el paso entre ambos, siendo repelidos por la retaguardia republicana, comandada por Anzoátegui (véase figura 1). El fuego cruzado realista, desde las alturas del Cangrejo y el Picacho,

puso en peligro la suerte de las tropas republicanas. En este momento, cuando, según anota el parte:

Una columna de caballería llevando a su frente el bizarro comandante Rondón ha destruido una parte de la infantería enemiga, al mismo tiempo que la nuestra hacía otro tanto en las alturas a nuestra espalda, y otra parte de la caballería conducida por el teniente Carvajal, cargaba sobre la del enemigo por el camino principal. (Montaña 1989, 238)

Esta versión coincide con la del padre Gallo en el sentido de que el ataque fue conjunto, tanto sobre el Picacho (por parte de la infantería) como sobre el camino real, este último atacado por las columnas de caballería de Rondón y Carvajal. Daniel F. O’Leary (1952, III, 247), otro testigo de los hechos confirma que el ataque fue combinado:

Dirigióse Bolívar a ellos —el escuadrón de llaneros— con voces de aliento y dijo a su jefe, “Coronel, salve U. la patria”. Lanzóse este al punto seguido de sus intrépidos soldados contra los escuadrones enemigos que avanzaban y los arrolló causándoles gran mortandad. Imitó el ejemplo de Rondón la infantería, y fue ya imposible a los realistas resistir el ímpetu del ataque combinado. La noche puso fin al sangriento combate, cuyo desenlace pareció tan dudoso en ocasiones durante la lucha. Dos veces se creyó perdido el ejército libertador ese día.

Se cuenta con otra versión, recabada el 10 de diciembre del 2009 en el Pantano de Vargas, de boca de don Bartolomé Hurtado Carreño, nacido en 1930 en Tópaga, Boyacá. Cuenta don Bartolomé, que cuando pequeño su amiguito Jesús Sánchez tenía un cuaderno de aproximadamente 30 páginas, escrito por un testigo de la época, unos años después de los hechos. Como no sabían leer, le pedían a una maestra que les leyera el manuscrito, el cual tuvieron que memorizar con el fin de entenderlo. Siguiendo la narración de los hechos, ambos niños recorrían los sitios descritos de la batalla, buscando las huellas de la misma: el camino que bordeaba la quebrada Varguitas con el atajo Arrastraculo —por donde ascendió la infantería patriota conducida por Fructoso Camargo—; el zanjón del camino real que trepaba al costado noreste del Picacho —donde se enterraron los muertos del cerro de la Guerra—; el llano de Barital —donde la caballería, al mando de Rondón, sorprendió a la

realista de a pie—; el antiguo vallado de Barital —donde se enterraron los muertos de la caballería realista—; el Arenal —donde se enterraron los muertos de la infantería, caídos cerca del cerro del Cangrejo—. Con el tiempo, el texto se perdió, pero la buena memoria del anciano nos ha permitido acceder a una fuente de información bastante interesante, puesto que se puede corroborar mediante las evidencias materiales.

Don Bartolomé relata que, hacia el final de la tarde del 25 de julio de 1819, en el llano de Barital, el capitán Bedoya ordenó a la caballería realista, que comandaba, con cerca de 600 jinetes, detenerse para que desmontaran y ajustaran los aperos, pues iban a entrar en combate para rematar a “los mechudos”. En ese momento llegó la carga de la caballería patriota, lanza en ristre, embistiendo a los realistas, que se hallaban de pie, sorprendiéndolos y generando una estampida de los caballos, que en su huida se hundían en el pantano y también de jinetes realistas —se han encontrado proyectiles en lo que fue el antiguo pantano, al occidente del cerro del Cangrejo, demostrando que algunos soldados huyeron adentrándose en este, recibiendo tiros provenientes del cerro—. Otros corrieron hacia el cerro del Cangrejo, pero fueron perseguidos por los patriotas, quienes le dieron tres vueltas al mismo, matando gente. El capitán Bedoya alcanzó a montar en su caballo y se trenzó en duelo con Inocencio Chincá, en el que murieron ambos por las heridas sufridas durante el combate. Viendo esta acción, Bolívar ordenó a Carvajal y Mellao atacar, con el resto de la caballería y la infantería, pero, al llegar al paso entre los cerros del Cangrejo y del Picacho, había tanta gente, que no pudo entrar al llano, siendo obligado a rodear al Cangrejo por la parte noreste. Aquí ocurrió la mayoría de las bajas realistas, cuyos cadáveres fueron enterrados en el antiguo vallado de Barital, entre el Cangrejo y otra lomita.

Entretanto, la infantería patriota, que luchaba defendiendo sus posiciones en el cerro del Picacho, fue repelida en tres oportunidades por la fuerte embestida de los realistas. Fructoso Camargo¹, quien habitaba en cercanías de la quebrada Varguitas y conocía muy bien el lugar, se ofreció a conducir a la infantería patriota en su ataque al cerro del Picacho, en manos de los realistas. Siguiendo el camino que bordeaba la loma, ocultándose entre los chusques de la quebrada y el piedemonte de la misma loma, ascendieron en silencio por el atajo Arrastraculo —aquí

1 En otros textos figura como Hermenegildo Camargo.

se abre la carretera destapada que se construyó para visitar en Semana Santa el Picacho—, frente a la desembocadura de las quebradas Patio de las Ánimas y el Caimán. Los patriotas se ocultaron entre la maleza y unas rocas del plan de la parte oriental del cerro —con buena vista hacia el cuartel de Barreiro y el mismo Picacho—, sorprendiendo a los realistas que miraban hacia abajo, en busca de las tropas enemigas, causándoles muchas muertes. Al terminar el combate, los cadáveres fueron enterrados en el zanjón que desciende hacia la derecha del camino real El Cacical, que se intercepta con el que bordeaba el pantano.

Durante el recorrido, guiados por Camargo, cerca de 40 soldados patriotas aprovecharon la ocasión y huyeron por el curso de la quebrada El Caimán, hacia el oriente, hasta Toca. Allí informaron que el ejército republicano había sido vencido, lo que no creyó el alcalde, quien los mandó a apresar en prevención a verificar la noticia. Cuando llegaron las tropas republicanas en su paso hacia Tunja, fueron recuperados. Bolívar pensó cómo castigarlos y decidió vestirlos con los uniformes realistas de los capturados durante el combate del Pantano de Vargas y los envió a la vanguardia de las tropas. Al entrar a Tunja los aplaudieron los realistas, pensando que eran sus soldados victoriosos, siendo sorprendidos por los patriotas. En esta acción perecieron todos los realistas menos uno apodado El Mechudo, que escapó con vida y corrió a avisarle a Barreiro sobre el suceso, quien aprovechó la oportunidad para continuar su camino hacia Santa Fe.

El día 26 de julio, Bolívar fue a inspeccionar el proceso de desollado de las vacas que había enviado el alcalde de Tibasosa para alimentar a las tropas patriotas. Uno de los oficiales le preguntó sobre lo que habría sucedido si hubieran perdido la batalla del Pantano de Vargas, a lo que Bolívar respondió: “lo de las vacas”; los españoles estarían desollando republicanos. Esta afirmación desató risas generales entre la tropa.

Bolívar mandó entregar 40 fanegadas de tierra al alcalde de Tibasosa en agradecimiento por el ganado aportado a los republicanos. Alguien preguntó de dónde las obtendrían, a lo que respondió que de “donde las haya”. Por esta razón la hacienda se llama Los Hayales (Ayales) y se extiende desde el borde del río hasta la loma. En esta hacienda don Bartolomé pasó sus años mozos como pastor de ovejas.

Estando en su cuartel de la casa de las Seis Ventanas, Barreiro preguntó a uno de sus oficiales por qué habían perdido tanta gente, a lo

cual, respondió que los que él llamaba “mechudos” sabían montar muy bien, aún sin aperos. Elaboraban las bridas de paja; en una mano asían la lanza y, agachados, con los dedos gordos de los pies engarzados de las riendas para sostenerse, se protegían de los lanzazos de los contrarios. Mientras que la fusilería se demoraba en disparar, tratando de cargar la pólvora y el balín, las lanzas siempre estaban prestas a atacar.

Don Bartolomé afirma que las balas pequeñas que se encuentran en el campo de batalla son de los fusiles patriotas, mientras que las grandes son de los realistas, pues sus armas era más grandes.

Los muertos que yacían sobre el camino que bordea el pantano fueron enterrados en El Arenal, donde se veían amontonamientos de tierra como si fueran bultos de papa.

12. LA SUERTE DE LA CAMPAÑA DE BOYACÁ, Y EL COMBATE DEL PUENTE DE BOYACÁ

Después del enfrentamiento en el Pantano de Vargas, las tropas se reorganizan y vuelven a combatir en el Puente de Boyacá, el 7 de agosto. Los realistas, al mando de Barreiro, se integraban por 2.500 hombres en total; de ellos, 400 de caballería. Bolívar comanda un ejército de cerca de 2.000 soldados y caballería, y algunos reclutas poco disciplinados. En el lance perecen cerca de 100 realistas y caen más de 1.600 prisioneros (entre ellos Barreiro, su segundo el Coronel Jiménez y casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos), además, en manos patriotas cae un importante arsenal (municiones, armamento, artillería) con el que se armaría el ejército libertador, que resolvería la suerte de la Independencia neogranadina (Restrepo 1969, 87). Se afirma que en las filas realistas había más de 200 mujeres que alimentaban, en ese momento, a la tropa, pereciendo 9 de ellas (Prieto 1917, 113). Los prisioneros americanos fueron distribuidos e incorporados a los batallones de infantería y caballería del ejército libertador. Del lado republicano caerían 13 muertos y 53 heridos.

Gracias a las victorias durante la Campaña de Boyacá, el ejército patriota pudo fortalecerse con tropas y recursos económicos, obtenidos esencialmente de la Provincia de Cundinamarca, que sirvieron de puntal para la Independencia de la Nueva Granada, Ecuador, Venezuela, Perú y Bolivia. Posteriormente, la Nueva Granada asumió la mitad del empréstito otorgado por países extranjeros para la campaña libertadora,

del total de las deudas contraídas por la Gran Colombia (Colombia, Ecuador y Venezuela).

13. OTRAS HISTORIAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA, INFANTERÍA, BRITÁNICOS, MUJERES Y CURAS

Si bien es cierto que el combate del Pantano de Vargas se resolvió, en menos de una hora, mediante una contundente carga de caballería, lo cual ha dado pie para la sobreestimación la acción de Rondón y sus 14 lanceros (ver p. ej., Pérez 2000, 234), tal como se ilustra en el monumento erigido en Barital. No obstante, a juzgar por los partes de guerra y por los relatos de los testigos de la época, se ha subestimado el papel desempeñado por la infantería, que sostuvo entre las 12:00 m. hasta casi las 5:00 p. m., con grandes pérdidas de vidas humanas el embate de los realistas, tanto sobre el camino —cuya tropa lideraba Anzoátegui—, como sobre el Picacho —al mando de Santander—, quien estuvo apoyado al final por una carga energética de los británicos. Tampoco se ha tenido en cuenta la importancia del apoyo de la caballería de Carvajal sobre el camino real, como menciona el parte de guerra republicano: “merecen una mención particular la conducta del comandante Rondón, del teniente Carvajal y de las compañías británicas”. Al parecer, sin demeritar el valor y el heroísmo demostrado por las tropas republicanas, entre ellas los jinetes llaneros, hubo dos “golpes de suerte”: el haber encontrado a la caballería realista de pie en el llano de Barital, y haber sido conducidos por Fructoso Camargo por el atajo de Arrastraculo sobre la quebrada Varguitas para sorprender a los realistas en el Picacho. Estos hechos contribuyeron a la victoria republicana hacia las seis de la tarde, aunque a las cinco tenían todo perdido, pues quedó en poder del campo de batalla, de los uniformes y armas de los caídos, y fue la encargada de enterrar las víctimas de ambos bandos.

Por otra parte, se ha desconocido el papel de las mujeres durante la Guerra de Independencia, a pesar de que ellas eran las que abastecían a las tropas republicanas con alimentos cuando se enteraron de su llegada, cocinando hasta tarde y la noche panes, galletas y otros productos, atendieron a los heridos en sus casas, alojándolos hasta curarse; se despojaron de sus enaguas y camisones para tejer prendas de vestir para los desnudos libertadores; entregaron a sus queridos hijos para enlistarlos en las filas patriotas, también entregaban sus caballos y

otras vituallas; sirvieron de estafetas para transportar mensajes por el campo enemigo. Cuando sus hombres eran ejecutados, ellas recogían los cadáveres para darles cristiana sepultura, muriendo inclusive alanceadas al interceder por sus maridos (Forero 1971). Igualmente, fueron esposas y amantes abnegadas, siguiendo a las tropas por los tortuosos caminos y los campos de batalla, sin importar que sus maridos estuviesen del bando realista, como sucedió con las 200 mujeres que alimentaban a las tropas de Barreiro, pereciendo nueve de ellas durante la refriega del Puente de Boyacá, el 7 de agosto de 1819 (Prieto 1917, 113).

A pesar de que la Corona Española sometía a los pueblos americanos a un mismo rey y a un mismo Dios, amenazando con excomulgar a los rebeldes, muchos sacerdotes conscientes de la realidad histórica apoyaron a los independentistas. Ya Barreiro advertía a Sámano, el 10 de julio de 1819, que: “La mayor parte de los alcaldes y curas se han reunido a estos infames y les prestan los más distinguidos servicios sin comunicarnos el menor parte” (Friede 1969, 64), y anunciando un castigo ejemplar si los llegaba a apresar.

Así mismo, se había mencionado el papel de tres sacerdotes (Díaz, Gallo y Mariño) que suministraron ayuda sanitaria y espiritual a los heridos del combate del Pantano de Vargas, donde descuella el nombre del coronel y cura fray Ignacio Mariño, capellán y soldado del Ejército de Casanare, caudillo de guerrillas de la provincia de Tame, quien “por igual repartía bendiciones o mandobles”, oficiando en el altar o en el campo de batalla (Cortés 1969). El mismo padre Gallo se sorprendió al verle oficiando misa con el hábito remangado por el sable que ceñía. Otro cura famoso fue Juan Tomás Romero, párroco de Socha, quien, junto al alcalde del lugar, José Ignacio Sarmiento, convocó a una festividad el 4 de julio de 1819, y cuando el vecindario se hallaba en el templo, obligaron a que hombres y mujeres dejaran alguna prenda de vestir para los desarropados patriotas, fuesen sombreros, ruanas, camisas, calzoncillos, pantalones y alpargatas, recolectando 18 cargas de ropa (Riaño 1969, 175).

En fin, curas, alcaldes, mujeres, peones, hacendados, soldados, jinetes, oficiales, andinos y llaneros, granadinos, venezolanos y británicos, contribuyeron a la victoria durante la Campaña de Boyacá, de 1819, de la Nueva Granada, en un esfuerzo combinado. En este sentido, el monumento de *Los Lanceros* solamente refleja una parte de la realidad

histórica. La otra corresponde a lo que se pueda contar, a partir de las evidencias materiales, es decir, de los despojos de la guerra.

En la reconstrucción del teatro de operaciones, los proyectiles de la época, según su tamaño, peso y grado de deformación y ubicación permitirán delimitar las diferentes posiciones militares, especialmente sobre los cerros. Por su parte, la excavación de los restos mortales en la fosa, al lado del vallado del llano de Barital, brindará información más precisa sobre las condiciones de vida (salud, demografía) y la manera de muerte de los actores del conflicto (criollos, españoles y británicos), para recuperar la memoria histórica de esos olvidados personajes de nuestra historia patria. Estos datos, ilustrados con un mapa de la época, expuestos en el Museo del Pantano de Vargas, en la antigua casa que se habilitó para ello, permitirá, 200 años después, contar una nueva historia, la de las voces de las tumbas.

15. LAS PÉRDIDAS HUMANAS Y LA SUERTE DE SUS RESTOS

Fue muy grande la pérdida de vidas que uno y otro ejército sufrieron en aquel combate. Don Bartolomé anota que “las aguas corrían teñidas de rojo por la sangre de humanos y caballos [...]. El pantano de Vargas fue un huracán espantoso, negra tormenta de lanzas que en el aire se veían, gorros, fornituras, capas, remolinos [...]”. El padre Gallo (1919, 527) afirma que auxilió a más de doscientos esa tarde, la mayor parte patriotas, y eran muchos los que encontró ya muertos; el padre Miguel Díaz, quien apoyó a los de la otra loma de la derecha —el Cangrejo—, afirmó que pasaban de cien; y el padre Mariño, quien socorrió a los del camino real, estimó en cincuenta los muertos patriotas y, en más de doscientos los españoles. Por el informe de Francisco Mariño, propietario de la hacienda a quien Bolívar había encomendado la apertura de la larga fosa para el entierro de los caídos, el padre Gallo (1919, 527) calculaba en cerca de 400 los muertos realistas y en 128 los patriotas. En el parte de guerra republicano se mencionan 500 bajas realistas entre muertos y heridos, además de “multitud de prisioneros, fusiles, lanzas, cajones de municiones, cajas de guerra, cornetas y dos estandartes del regimiento de Dragones de Granada”. Del lado patriota reporta 140 bajas entre muertos y heridos (Montaña 1989, 238). Por su lado, Barreiro no tuvo tiempo de contar sus pérdidas que, al parecer, fueron elevadas por lo que quiso ocultarlas con su silencio, aunque reconocía en su informe

del 29 de julio a Juan Sámano, que había perdido muchos caballos en la acción del 25.

Elías Prieto Villate (1917, 92-93), basado en los informes de Francisco Mariño y Luis Villate, partícipes de los hechos, escribió en 1893 que se habían recolectado 670 uniformes de los cadáveres tendidos en el campo de batalla —más cerca de 100 que debieron haber escondido los que participaron en la colecta cuando no eran vigilados—; además, que se habían sepultado y quemado más de 1.200 cadáveres, fuera de los soldados heridos que huyeron lejos del campo y murieron en el monte. Al reorganizar sus tropas, después del desenlace, acudieron 1.883 hombres, lo que, según Prieto (1917, 93), habría significado que se perdieron 573 entre muertos, heridos gravemente y derrotados por lo menos 150 llaneros habrían desertado, llevando la noticia de la supuesta derrota de Bolívar. Los patriotas que perecieron en el cerro fueron sepultados allí mismo, cuyas sepulturas se notaban hasta finales del siglo xx.

Esto significaría que se perdieron más de 400 patriotas y, según cálculos militares, hubo cerca de 1.000 realistas muertos y gran cantidad de heridos (Cortés 1969, 67). Para otros, las bajas habrían sido de entre 300 y 350 hombres de lado y lado (Riaño 1969, 242). Es decir, en el campo de batalla puede haber entre 400 y 1.200 cadáveres enterrados, especialmente al lado del antiguo vallado (canal), a orilla del antiguo pantano, al pie de la lomita, donde se desarrolló el combate de la caballería (Barital).

15. LOS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS DE BÚSQUEDA DE EVIDENCIAS MATERIALES DEL COMBATE

Una vez realizada la fase de documentación, el equipo de investigación se propuso la tarea de efectuar la reconstrucción paleoambiental del escenario de la batalla, mediante la interpretación de fotografías aéreas y mapas topográficos militares levantados en 1919. También se hizo el recorrido de los sitios de combate, apoyados en la tradición oral, especialmente de don Bartolomé Hurtado y la referencia de Manuel Ancízar (1984) de mediados del siglo xix. Previamente a los trabajos de campo se presentó una propuesta de intervención del patrimonio arqueológico según la Ley General de Cultura, la que fue aprobada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) mediante una licencia de excavación.

Los sondeos realizados entre el cerro de Bolívar y el cerro de Los Sepulcros evidenciaron que esta zona era anegadiza, pues el nivel freático

es muy alto, aproximadamente a 40 cm de profundidad, por lo cual el escenario de los combates debió reducirse solamente al estrecho camino colonial, además, porque el piedemonte del cerro de La Guerra es muy inclinado (véase figura 1). El acceso a las zonas de combate siguió el trazado de los caminos coloniales que se encontraban por la parte alta, para evitar el crecido pantano, debido a las intensas lluvias de la época, compatibles con el fenómeno de La Niña, como el invierno que azotó la región en octubre del 2010. Era tal el caudal del río Chicamocha, que en aquel tiempo alcanzaba los 60 metros de ancho por el paso del puente de La Balsa. Por otra parte, se buscaron sitios de intervención masiva de los suelos, mediante la fotointerpretación del área de los combates, hallándose un rasgo oscuro en predios de la familia Camargo, al lado de un antiguo canal de desagüe (vallado) y el carreteable El Gachal (que no existía en aquella época), hacia el suroeste del llano de Barital, que se inicia en el cerro del Cangrejo, se extiende en dirección sur, atraviesa y continúa paralelo a la carretera hacia Paipa. Este rasgo tiene aproximadamente 9,7 x 45 metros y, según los sondeos, contiene arcilla gris del antiguo pantano que reposa sobre un horizonte seco depositado por coluviación a 150 cm de profundidad. Sin embargo, a raíz del período de lluvias que se presentó durante la excavación, el nivel freático aparece a 40 cm de profundidad, lo que dificulta el trabajo de prospección arqueológica.

En El Arenal, al frente del cerro del Cangrejo también se mencionan enterramientos de restos, que fueron destruidos durante la construcción de la carretera hacia Duitama, en 1968. Como afirma don Jairo Camargo, quien participó en la obra, encima depositaron más de dos metros de relleno, sepultando así cualquier evidencia del combate. Don Bartolomé recuerda las tumbas como si fueran sembrados de papa en la finca del finado Tobías y que el cura Jaime Vargas, de Firavitoba, recogió un cráneo que alguien encontró en El Arenal. La prospección en esta zona fue muy difícil debido al relleno pedregoso y profundo que se colocó, siendo infructuosa la búsqueda de restos humanos.

El tercer lugar de enterramientos de víctimas del combate es el cerro del Picacho, donde se mencionan restos humanos cubiertos por montones de piedras, pero la maleza es, tan alta que ha tapado cualquier vestigio. Como el cerro es muy pedregoso, era más fácil cubrir los restos con rocas que excavar la poca tierra que aflora; además, la herramienta no penetra en este terreno. El zanjón, al lado del antiguo camino El Cacical, se limpió

durante las labores de prospección, con el fin de facilitar los sondeos en búsqueda de restos, pero esta labor no tuvo hallazgos positivos.

A pesar de las dificultades surgidas durante esta etapa de prospección, se recuperaron ocho balines, mediante detector de metales, en la parte posterior del cerro de La Guerra, cerca del atajo Arrastraculo, algunos sin disparar y de dos calibres, lo cual ha permitido abrir un nuevo escenario del teatro del combate, constatado por la tradición oral local. Igualmente, los resultados negativos entre el cerro del Cangrejo y el camino, descarta esta área como teatro de operaciones, pues anteriormente era un pantano, como se pudo establecer gracias a los sondeos realizados allí. Por otra parte, queda por explorar, de manera intensiva, el área de Barital como el escenario de los fuertes enfrentamientos entre las caballerías contendientes, que produjeron las mayores bajas de toda la batalla, y la ubicación de la posible fosa común con los caídos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ancízar, Manuel. 1984. *Peregrinación de Alpha*, n.º 9, t. II. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Borrero, L. Daniel. 2006. Aportes de la arqueología en campos de batalla a la reconstrucción de la historia militar de Colombia, el caso de la Batalla de Boyacá, 7 de agosto de 1819. Lectura realizada en la Academia Colombiana de Historia Militar, como requisito para ser nombrado Miembro Correspondiente. *Boletín n.º 4 de la Academia Colombiana de Historia Militar* (en imprenta).
- Brown, Matthew. 2010. *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia*. Medellín, UPTC y La Carreta Editores, Colección Ruta del Bicentenario.
- Caballero, José María. ([1902] 2000). *Diario*, vol. XVI. Bogotá: Biblioteca Coleseguros de Autores Colombianos.
- Chaunú, Pierre. 1973. "Interpretación de la independencia de América Latina". En *La independencia de América Latina*, ficha 27. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cortés, Carlos. 1921. Crítica histórico-táctica. Pantano de Vargas. *Memorial del Estado Mayor*, mayo de 1921, n.º 107.
- Cortés, Carlos. 1924. Pantano de Vargas. *Memorial del Estado Mayor*, julio-agosto de 1924 n.ºs 145-146, 312 y ss.

- Cortés, Carlos. 1934. *La batalla del Pantano de Vargas, Estudio histórico-militar*. Bogotá: Imprenta “La Luz”.
- Cortés Carlos. 1969. *Batalla del Pantano de Vargas 1819*. Bogotá: Sección de Historia y Publicaciones del Ejército de Colombia.
- Díaz, Oswaldo (comp.). 1963. Copiador de órdenes del Regimiento de Milicias de Infantería de Santafé (1810-1814), Ojeada histórica, Estado militar, transcripción, índices y comentarios. *Revista de las Fuerzas Armadas*, Departamento 5, Historia y Publicaciones, E. M. C.
- Díaz, Oswaldo, 1967. La reconquista española. En *Historia extensa de Colombia*, vol. VI, t. 2. Bogotá: Ediciones Lerner.
- Earle, Rebecca. 2000. “A Grave for Europeans? Disease, Death and the Spanish American Revolutions”. En *The War of Independence in the Spanish America*, editado por C. Archen. Wilmington: Scholarly Resources.
- Foard, Glenn. 2005. “The Battle of Edgehill, History From the Field”. *Battlefield Annual Review, Pen & Sword military Books*.
- Forero Paulo. 1971. *Las heroínas olvidadas de la Independencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Friede, Juan, (comp.). 1969. *La Batalla de Boyacá —7 de agosto de 1819— a través de los archivos españoles*. Bogotá: Banco de la República, Publicación Conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla.
- Gallo Andrés M. 1919. Páginas inéditas sobre Boyacá. Reminiscencias. *Boletín de Historia y Antigüedades* 12 (140-141): 519-529.
- Geier C. R., y S. R. Potter. 2003. *Archaeological Perspectives on the American Civil War*. Miami: University Press of Florida.
- Guerrero, Javier y Luis Wiesner (eds.). 2010. *Memoria, historia y nación. A propósito del Bicentenario en América Latina*. Medellín, UPTC y La Carreta Editores, Colección Ruta del Bicentenario.
- Haythorntwaite, Philip. 2008. *British Napoleonic Infantry Tactics 1792-1815*, Elite Series n.º 164. London: Osprey Publishing.
- Hurtado, Bartolomé. 2009-2010. Entrevistas en Pantano de Vargas, diciembre del 2009 a enero del 2010, Pantano de Vargas, Paipa, Boyacá.
- Ibáñez, José Roberto. 1998. *La Campaña de Boyacá*. Bogotá: Panamericana Editorial Ltda.
- Iriarte, Alfredo. 1993. *Batallas y batallitas en la historia de Colombia (y sus consecuencias)*. Bogotá: Círculo de Lectores. Intermedio Editores.
- Jimeno, Myriam. 1993. *Conflicto social & violencia: notas para una discusión*, Memorias del Simposio “Conflicto social en América Latina”, VI

- Congreso de antropología en Colombia, Sociedad Antropológica de Colombia, IFEA.
- Jimeno, Myriam, Roldán, Ismael. 1995. *Las Sombras Arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Lecuna, Vicente. 1955. *Bolívar y el arte militar*. New York: The Colonial Press Inc.
- Lee, Fray Alberto (comp.). 1989. *Los ejércitos del rey 1818-1819*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
- Lees, William B. 2002. “¿How important is Battlefield Archaeology?” *National Park Service, Cultural Resource Management* n.º 4.
- Lozano, Alberto. 1980. *Así se hizo la Independencia*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular.
- Mojica, Rafael. 2001. *Bolívar en los llanos, 80 días que cambiarán al mundo*. Villavicencio: Universidad del Meta.
- Montaña, Andrés (comp.). 1989. *Santander y los ejércitos patriotas 1819*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
- Nosworthy, Brent. 1996. *With Musket, Cannon, and Sword, Battle Tactics of Napoleon and His Enemies*. New York: Sarpedon.
- Ocampo Javier. 1989. “El proceso político, militar y social de la Independencia”. En *Nueva Historia de Colombia*, t. 2, 9-64. Bogotá: Planeta.
- O’Leary, Daniel. F. 1952. *Memorias*, 6 tt. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos, Ministerio de Educación Nacional.
- Pardo, Rafael, 2004. *Historia de las guerras*. Bogotá: Ediciones B.
- París R., Manuel, 1919. *Campaña del Ejército Libertador colombiano en 1819*. Bogotá: Ejército de Colombia, Estado Mayor General.
- Peña Manuel v. 1987. *Palacio de Justicia. Las 2 tomas*. Bogotá: Fundación Ciudad Abierta.
- Peñuela, Cayo Leonidas. ([1919] 1969) *Álbum de Boyacá*, 2.ª ed. Tunja: Imprenta Departamental.
- Pérez, Héctor P. 2000. *La participación de Casanare en la Independencia 1809-1819*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos S. A.
- Prieto, Elías. 1917. Apuntamientos sobre la campaña de 1819. *Repertorio Boyacense*, Órgano del Centro de Historia de Tunja. Serie v (43): 77-122.
- Restrepo, José M. 1969. *Historia de la Revolución de la República de Colombia* (6 tt.). Medellín, Editorial Bedout.

- Riaño, Camilo. 1960. *Análisis histórico-militar del combate del Pantano de Vargas*. Tunja: Departamento de Extensión Cultural de Boyacá.
- Riaño, Camilo. 1967. *Análisis histórico-militar del combate del Pantano de Vargas*. Tunja, Biblioteca de Autores Boyacenses Secretaría de Educación del Departamento de Boyacá n.º 3.
- Riaño, Camilo. 1969. *La campaña libertadora de 1819, Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819*. Bogotá: Comisión Especial Asesora.
- Riaño, Pilar. 2006. *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín: una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Rodríguez, José v. 2004. *La antropología forense en la identificación humana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, José v. 2006. *Las enfermedades en las condiciones de vida prehispánica de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rose, Mark. 2005. *The Archaeology of War*. New York: Hatherleigh Press.
- Samper, José María. 1861. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Santander, Francisco de Paula. 1969. *Archivo Santander*. Bogotá: Cromos, t. I.
- Schonfield, J. 2005. *Combat Archaeology. Material Culture and Modern Conflict*. London:Gerald Duckworth & Co.
- Scott D. D., R. A. Fox y M. A. Connor. 1989. *Archaeological Perspectives on the Battle of the Little Bighorn*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Sivilich, Daniel M. 1996. *Analyzing Musket Balls to Interpret a Revolutionary War Site*. *Historical Archeology* 30 (2): 101-109.
- Sivilich, Daniel M. 2005. "The Battle of Monmouth, The Archaeology of Molly Pitcher, the Royal Highlanders, and Colonel Cilley's Light Infantry" Consultado el 5 de agosto del 2010 en <http://www.saa.org/public/resources/MonmouthBravo.Pdf>
- Smith, Steven D. 2005. *Report of Findings, the Search for Fort Balfour and Coosawhatchie Battlefield*. Columbia: University of South Carolina.
- Sutherland, T. L. 2005. *Battlefield Archaeology. A Guide to the Archaeology of Conflict*. British Archaeological Jobs Resource Consultado el el 5 de agosto del 2010 en <http://www.bajr.com>
- Thibaud, Clément. 2003. *República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Planeta.

- Tirado, Álvaro. 1974. *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Tirado, Álvaro. 1995. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: Colección de Autores Antioqueños.
- Uribe, Enrique. 1969. *El Libertador, campaña de 1819, episodios en su vida*. Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República.
- Vawell, Richard. 1973. *Campañas y cruceros*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia.